



CAPÍTULO XIV

La Sicilia hasta la conquista romana (337 á 212).—Estado de la Sicilia.—La raza de los Siculos.—Las costas invadidas por Cartago.—Las repúblicas griegas.—La Sicilia despues de Timoleon.—Agatocles.—Pirro en Sicilia.—Los mamertinos en Mesina.—Los romanos en Sicilia.—Hieron.—Ultimas convulsiones de Siracusa.—Toma de Siracusa.—La Sicilia provincia romana.

La Sicilia es verdaderamente una tierra volcánica y todo en ella está sin cesar trastornado. Las capas de su población no son ménos numerosas y variadas que las vetas de su terreno, y las emigraciones, las conquistas, las agitaciones cambiaron el estado político de este país tanto como las erupciones de sus montañas trastornaron el suelo.

Esta infortunada isla no presentaba más que una presa á los extráñjeros; la esclavitud fué siempre su suerte.

Sábase perfectamente lo que llegó á ser la raza de los Siculos; un pueblo entero no se aniquila completamente, pero se funde y desaparece algunas veces en medio de sus vencedores. Despues de la última tentativa de Deucecio, la independencia siciliana limitada al centro de la isla entre sus tres más elevadas cimas, descendió al fin para ir á perderse, como toda nacionalidad que desaparece en una ignorada esclavitud.

La sombría y cruel dominación de Cartago se extiende sobre las costas occidentales, é invadiendo las tierras interiores, levanta delante de sus factorías fortalezas para dominar el país y á su abrigo ejercer el comercio. El genio sanguinario y despótico de los conquistadores africanos contrasta de una manera brillante con el carácter vivo, jovial, voluptuoso y espiritual de las demás colonias dominadoras en el Oriente.

La Sicilia Oriental y la Magna Grecia son hermanas. Sus historias se mezclan, y decir la una es narrar la otra. Allí no hay unidad, ni

en la libertad, ni bajo el yugo; ciudades ricas, florecientes, democráticas, muy inconstantes para soportar aun el federalismo; mucha ambición, arte, corrupción animada y loca; ninguna razón, ningún cuidado en estas turbas populares que se habituaron á las leyes agrarias, á las proscripciones y á las matanzas, como se acostumbra á una forma ordenada de gobierno.

Alguna vez, cuando estallaban las más terribles turbulencias, cuando los partidos se levantaban más furiosos uno contra otro, cuando las enardecidas pasiones hervían en la ciudad con más efervescencia, veíase á un mismo tiempo una brillante y ambiciosa tiranía colocarse sobre el nivel de los partidos. Pero se desplegaba con no ménos celeridad, agobiada sobre su frágil base, ó bien un soldado afortunado que llegaba con aventureros de todas las naciones marchaba derecho á ella, la derrocaba y proclamaba una constitución. De aquí un orden facticio por pocos años y despues la vuelta indefectible de la anarquía.

Lo mismo habia hecho Timoleon (1) (337). Cualquiera que fuese su política, no podia sobrevivirle; hay países en los cuales no viven las ideas más tiempo de aquellos que las concibieron. Aun con sus reformas aristocráticas, no era capaz de salvar la Sicilia de sí misma; y muerto él, se deshizo de la forma que le habia impuesto. No habia cambiado en lo esencial toda la masa incierta, flotante, caprichosa, que

(1) Diodoro de Sicilia, l. XIV al fin.

constituía en las colonias griegas el pueblo indigente y descontento. Además, habia conducido y dejaba también á sus antiguos soldados, aventureros y de razas diversas.

Este populacho y estos aventureros estaban naturalmente al servicio del primero que quisiera tratar de ver si los siracusanos se cansaban de la democracia.

Tal fué la causa y los medios que auxiliaron á Sosistrato para hacerse tirano; pero su tiranía duró poco tiempo. Se levantó en Agrigento un hombre llamado Demas, que pretendía ser el defensor de la libertad. Este agrigentino distinguió y protegió mucho á un joven, bello, bravo, vigoroso que, de simple hijo de un alfarero se habia conquistado un gran renombre por sus vicios y sus notables infamias. En la antigüedad, ciertos excesos daban nombre ilustre (317).

La vida aventurera de Agatocles comenzó por el destierro (1); la Magna Grecia le recibe y agasaja con curiosidad é interés. Un día reaparece el desterrado en medio de la multitud siracusana y la subleva; Sosistrato vencido se pasó á los cartagineses. Agatocles, sucesivamente sospechoso, amenazado del puñal, no huyó sino para volver y degollar los senadores.

Una división de las tierras, la abolición de deudas, largas proscripciones contentaron á «mucha gente.» Entonces dijo á los siracusanos: «Yo os he librado de vuestros tiranos.» Y él mismo fué un tirano.

Los cartagineses se aprovechaban de estas agitacionas. Cuando creyeron consumada la revolución y restablecida un poco la calma, sitiaron á Agatocles en su capital. Ninguno podria negar al feliz advenedizo una «intrepidez y una inquebrantable resolución de carácter.» Dejó, sin embargo, la ciudad atacada, tomó con él hasta los esclavos que armó, y abriéndose paso fué á desembarcar en Africa; allí quemó sus naves. De hecho Cartago no tenia fuerza sino de lejos. Agatocles soltó los buhos, y estas aves de Minerva fueron á colocarse sobre los escudos de sus soldados. El presagio determinó la victoria, y la cabeza del

(1) Diodoro, l. XXV.

general enemigo, enviada á Siracusa, anunció á la ciudad su libertad.

La colonia griega de Cirene, fundada en los tiempos heróicos, se subleva entonces. Vecina de Cartago, no podia ser otra cosa que enemiga suya. El tirano de los Cirenaicos sostenía á Agatocles, y fué asesinado por él. Véese entonces al siracusano pasar del Africa á Sicilia, y concebir nuevos proyectos. Pero su ejército africano degüella á su hijo, y él se venga por una matanza en la ciudad; Dinócrates le combatió un momento para vender más cara su vida. En fin, dueño de una de las primeras colonias de la Grecia, se hizo corsario, asoló las costas de Italia y murió envenenado (1) (287).

En las turbulencias que se sucedieron, la Sicilia llamó en su auxilio al griego Pirro, que combatía á los romanos.

Habia gran peligro en introducir así constantemente soldados extráñjeros en un país tan turbado. El peligro no estaba en que impusiesen su jefe y con su jefe el orden: á la Sicilia, que acostumbraba comprar la paz á precio de la servidumbre, debió parecerle una dicha. Pero sabia lo que podia ser el imperio militar de un ejército de bandoleros sin disciplina, sin bandera, sin jefe, porque tenia un increíble ejército en los mamertinos.

Estos bandidos de la Campania no tenían origen, ni patria, ni aun nombre (2); tomaron el de mamertinos, «colonia de Marté,» súbditos de la guerra; y héles aquí que, introducidos en Mesenia, degüellan á magistrados y ciudadanos, dan la mano á otros soldados sublevados, los legionarios de Rhegium, y uniendo las dos ciudades, separadas por el estrecho, fundan su república con dos capitales. Estos terribles opresores, que se atribúan el derecho de primera noche en todas las bodas, el derecho de saqueo en todas las casas, el derecho de piratería en todas las costas, no descendían de su ciudadela de Mesina sino para destruir por todas partes. Tal era su dominación.

Cuando los cartagineses, los siracusanos, las ciudades de diverso origen se reunieron

(1) Diodoro, l. XXV.

(2) Festo, l. II; Plutarco, *Vidas de Pirro, de Fabricio*; Polib., l. I.



contra ellos y les estrecharon, llamaron á los romanos. Estos, que no tenían ningun pretexto, entraron en Sicilia para libertarles; acababan de castigar, por tanto, á los de Regio. Así se distinguen la política del Senado y la fe romana (289-275). Bien pronto la Sicilia será reducida. Un nuevo tirano reina en Siracusa; el pretor Hieron había rechazado á los cartagineses; sus victorias le condujeron á la tiranía. Arrojado despues por dos veces, y siempre llamado, no se ocupó en otra cosa que en abatir la infame potencia marítima. Cuando los romanos desembarcaron en la isla, fué derrotado al mismo tiempo que los cartagineses. Desde entonces pagó tranquilamente subsidios á los dos partidos, y todavía encontró considerables sumas para socorrer los desastres de Rodas, y enviar magníficos presentes al rey de Egipto, Ptolomeo Filadelfo (215).

Y sin embargo, Siracusa, sola é independiente en medio de la Sicilia, proclamada provincia romana, no pensaba en el porvenir, y despues de la muerte de Hieron se dividió en nuevos partidos. Puñaladas, envenenamientos, motines en la plaza pública, combates entre los partidos cartaginés y romano, debilitaban la desgraciada ciudad. El nieto de Hieron, Hierónimo, pasa bajo la tutela de Andronodoro, que arroja á los demás tutores. Asesinado bien pronto el jóven príncipe, se le

(1) Tito Livio, lib. XXIV.

dejó yaciendo en medio de la calle, sin que nadie se atreviese á levantar este real cadáver. Andronodoro, que se apoderó del poder, pereció tambien. Se necesitaba que la tiranía tuviese muchos encantos para que todavía se la buscara.

Estaba, como la había representado Dionisio el Antiguo, coronada de flores, reclinada sobre rosas, rodeada de oro y de perfumes; pero encima se tenía suspendida y amenazando constantemente la espada de Damocles (1).

Los dos partidos se disputaron el poder algun tiempo. Siracusa, en fin, se arrojó en brazos de Cartago, y esto fué su ruina; Marcelo estaba á sus puertas. Aun Arquímedes, el gran genio matemático de la antigüedad, no pudo salvar tanta grandeza, el lujo y vicios (212).

Despues de todo, ¿qué importaba á la Sicilia la caída de Siracusa? Ya perteneciese á Roma ó á Cartago, ya á algun jefe griego ó bandido mamertino, no constituía un país, ni un cuerpo, ni un Estado, ni aun una poblacion.

Vieja raza de iberos, restos vivientes de pelasgos, superfetacion general de colonias griegas, tantos elementos no podían estar reunidos sin que se operase una gran fermentacion; en medio había sido arrojado un germen comun de disolucion, el vicio; todo esto fermentaba y quemaba. La fusion no era posible en esta desgraciada comarca sino bajo la accion dominadora de un poder extranjero.

NOTAS, DOCUMENTOS, DISCURSOS Y ACLARACIONES

A LA

HISTORIA UNIVERSAL

TOMO SEGUNDO